

to que después de haber patentizado todas las novedades de este Nuevo Mundo, se queda uno admirado al reconocer que en el fondo, este continente, bajo formas particulares, atraviesa por las mismas crisis que el antiguo. Si el problema social en Estados Unidos, no es sino un problema de nacionalidades, acaso el problema político de Europa, armada hasta en la muerte, ¿es otra cosa? Tan cierto así es, que las ideas y las constituciones, las doctrinas y los sistemas, no son sino apariencias bajo las que se oculta un corto número de hechos, siempre los mismos desde que el mundo es mundo, siempre irreductibles y reales como la duración y como la extensión, primeras y últimas condiciones de nuestro ser, de nuestra actividad, de nuestros triunfos y de nuestros desastres;—y entre estos hechos, el más irreductible, el más real y el más esencial, puede que sea *la Raza*.

## VII

### LOS DE ABAJO.

#### II—HACENDADOS Y CRIADORES DE GANADO.

Para medir con mayor exactitud el grado de fuerza revolucionaria que representa en Estados Unidos el socialismo internacional, sería necesario saber hacia qué lado se inclinaria, en caso de un conflicto decisivo, la inmensa población agrícola del Oeste; esos hacendados que producen una tal cantidad de trigo, que sería bastante para alimentar á toda América y á toda Europa; esos criadores que abastecen

con tan continuo aflujo de animales los gigantescos rastros de Chicago.

Aun allí se encuentra el elemento extranjero, pero profundamente envuelto, penetrado y corregido por el elemento nacional. Rara vez va un americano del Este al Oeste para hacerse obrero. Prefiere correr las eventualidades de fortuna más rápida y de independencia, que son inherentes al cultivo de la tierra tan fértil y de la crianza de caballos tan productiva, (1) así como también las de la busca del oro. Se hace arrendatario, *cow boy* ó minero. De este modo se explica el abandono de que ya he hablado de las pequeñas casas rurales de New-Englandss, Pero si es difícil adivinar el verdadero modo de pensar de un obrero, aun cuando se conozcan las asociaciones de quienes depende, los periódicos que lee, los discursos que dice y los que oye, y los jefes cuya influencia sufre, ¿cuánto más difícil será penetrar el alma del buscador de oro en su *placer*, la del criador de caballos en su vivac, y sobre todo, la del hacendado con su vida tan localizada, con sus largas meditaciones y con la oscuridad casi vegetativa de su propia conciencia?

A este último es á quien debe procurarse conocer á todo precio, pues es el que forma el fondo mismo de esa inmensa población. ¿Pero qué procedimientos usar para alcanzar ese fin? Se sabe que su suerte es dura, peor que eso, apurada y mortífera. Los viajeros que han seguido al labrador de Khansas, del Missouri ó del Yowa en su *log-house*, concuerdan en pintarlo como á uno de los más probados entre los

(1) Las medias de nacimiento, que no pasan del 50 p 100 en el estado de civilización, llegan al 70, al 80 y al 90 por ciento en la pradera.



probados de ese durísimo Nuevo Mundo. . . . . Ese *log-house*, esa casita que ha construido con cuartos mal ensamblados, se levanta en uno de los extremos de esa pradera que es su vasto dominio y que abraza un sol tórrido en el estío y á quien la nieve cubre en el invierno. El adorno principal de la sala del piso bajo, es un grabado que representa la muerte de Lincoln, último episodio de una existencia que comenzó de la misma manera, y que se ha deslizado, según el vocablo popular, *from the log-house to the White House*, en la cabaña así como en el pequeño palacio blanco de Washington, al través de tantos esfuerzos rudísimos, de continuas luchas y de amarguras constantemente renovadas.

El hacendado no alimenta tantas ambiciones ni aun para sus hijos. Quisiera vivir y que la tierra pagase. El se gasta con esos esfuerzos y su mujer muere á causa de ellos. La animosa criatura ha sofocado por mucho tiempo los latidos que le desgarraban el corazón cuando subía á la pieza de arriba, y en las heladas mañanas el tronido de su coyunturas cuando levantaba algún fardo y los calosfríos febriles de sus insomnios (1). El médico vive varias millas distante de la casa y cada visita cuesta cinco ó diez *dollars*. Por tanto, se sostiene ensayando los remedios empíricos que recomiendan los periódicos, aconsejándose de los vecinos y sobre todo ocultando esas miserias á su hombre, hasta que por fin cae y se va, dejándole solo con los hijos en la pequeña propiedad cubierta de hipotecas.

Y aun á pesar de ello, estos hacendados, que pe-

(1) Léase en el *Scribner's Magazin* de Marzo de 94, un cuadro conmovedor de esta existencia: "*The Farmer in the North*."

nan en medio de condiciones tan crueles, cuando tienen ocasión de manifestar sus sentimientos íntimos, se presentan tan prudentes y tan respetuosos por los derechos de otro, como los huelguistas del Illinois ó de California eran insensatos y feroces. La grande asociación por cuyo medio defienden sus comunes intereses: *The Grange*, se ha conservado cuidadosamente fuera de todo movimiento político. Como su nombre lo indica, pretende estar al servicio, no solo de los obreros de la clase agrícola, sino de todas las clases: *The grange, or the patrons of husbandry*,—la Granja ó los defensores del cultivo. Para decirlo todo en solo una frase, esta asociación ha merecido que en un libro ya citado, los Aveling escribiesen sobre ella esta frase significativa:

"—*It may in time become leavened with the leaven of the general working class movement: but as it is at present constituted, the Grange is more likely to be a hindrance to that general movement than a help. . . . .*

—“Puede suceder que llegue el día en que esta sociedad, la Granja, se vea fermentada por la levadura que remueve á toda la clase obrera. Pero tal y como hoy está constituida probablemente será para nosotros un obstáculo y no un auxilio. . . .”

¿Qué podemos deducir de todo ello, sino que la tierra por una vez más ha cumplido su obra de moralización? Ella es quien ha enseñado al hombre la grande, la única virtud, enseñándole á *acceptarse*, como acepta el orden de los meses y el crecimiento lento de las mieses, como acepta la lluvia, la nieve, el viento, el sol, toda la aparente y necesaria iniquidad de las estaciones.

Uno de los caracteres de estos hacendados del Oeste y que puede discernirse al primer contacto que con ellos se tiene, es la sed, el apetito, casi la



fiebre del saber, la intensa, la violenta pasión por las cosas de la inteligencia, y que explica por qué en Estados Unidos, tantos hombres notables son hijos de agricultores. Es este un rasgo del carácter, tan completamente inesperado en esos hombres tan rudos, que desde luego se duda de él cuando lo afirman los americanos, los unos para quejarse de él, los otros para admirarlo. Los primeros deploran ese exceso de seriedad en las costumbres nacionales, que va á dar según pretenden á un exceso constante de trabajo, á una incapacidad absoluta para disfrutar de cualquier cosa—*to enjoy himself*. Los otros ven en él el presagio de la soberanía en la civilización, sueño secreto de todos los yankees de antiguo linaje.

Cualquiera que sea la conclusión que se saque de esto, la nota es exactísima. He podido convencerme de ello, no una, sino veinte, treinta veces, con solo estudiar la multitud que se aglomeraba en Chicago al rededor de los edificios de la Exposición, que han sido incendiados—pues su demolición hubiera sido muy lenta.—Cuando yo los visité estaban en todo el esplendor de su pintura blanca y de su pasajera gloria. Con sus capiteles copiados de los de Roma y Atenas, con sus esbeltas cúpulas, con la caótica mezcla de sus arquitecturas combinadas, daban idea de una ciudad fantástica, de una ciudad soñada y aparecida como una visión, súbitamente, á la orilla del lago Michigan, tan vasto como un mar y cuyas aguas glaucas y vivas se elevaban entre el intercolumnio de un pórtico gigantesco. Sí, era realmente una decoración gloriosa, en los hermosos días de principio de otoño y como levantada ex-profeso para diversión de ese inmenso pueblo de trabajadores, que era llamado á ese lugar como á una cita de alegría y de reposo.

Pero no. Ese mar de gente que andaba disperso en esas alamedas y en esos prados, para un parisiense era notable por la ausencia de la alegría y del reposo. Esas gentes no estaban ni distraídas ni alegres. Iban, mirando el interior y el exterior de la Exposición, con una especie de avidez estupefacta, tal y como si se paseasen en medio de una colosal lección de cosas.

—“No me importa ver á las personas, veo demasiadas gentes en mi tierra. He venido á ver lo que se hace en el mundo. (1)

Esta frase oída y referida por uno de los cronistas de esta extraña fiesta, la pronunciaban mentalmente todos los paseantes. La mayoría de ellos eran precisamente agricultores que venían de los cuatro extremos de la inmensa planicie que se extiende del Montana al Kentucky y del Arizona al Wisconsin. A las dos de la tarde podía vérselos, al derredor del edificio de su Estado, sentados en tierra y comiendo lentamente con su familia, un pedazo de carne fría que sacaban de una caja de madera blanca. Las telas de sus vestidos más toscas, sus caras quemadas por el aire y el sol, la manera misma de almorzar sin mesa y con la comodidad de personas habituadas á comer al aire libre, entre dos sesiones de trabajo—todo en ellos revelaba las costumbres indelebles de la vida rural. Terminando su lunch, volvían á comenzar indefinida, infatigablemente sus correrías, no de placer sino de instrucción, de aplicación. A cuántos de esos rústicos visitantes he seguido así del pabellón de las minas al de la electricidad, ó del edificio de transportes al de las mujeres, que iban todos ellos atentos,

(1)—*I kin see folks to home. I cam to see waih's made in the world.*—*Scribner's, Marzo 1894.*



pacientes, sombríamente reflexivos y, según me parecía, menos interesados por las máquinas y por la prodigalidad de la invención material y positiva, que por las muestras más científicas, más inútiles y más cercanas de la grande especulación abstracta.

Al escribir estas notas recuerdo á tres de esos personajes—á un padre y á sus dos hijos,—inmóviles en un rincón del museo de antropología. Miraban el colosal mammoth, el enorme elefante velludo, anterior al diluvio, copiado del de San Petersburgo. A su derredor surgían formas de animales y de hombres que habitaron en otros tiempos la América, razas desaparecidas ó que están por desaparecer; dantas, caríboles, bisontes y osos grises, sionx, y apaches en sus campamentos y *cliff dwellers*, esos Trogoldistas del gran Cañón del Colorado.

El rancharo y sus dos hijos no ponían cuidado de sí mismos, absortos como estaban con el coloso, cuya historia contaba uno de los muchachos al padre. Éste escuchaba al niño de diez y siete años, sin dejar de ver al formidable animal, al silencioso gigante de largas defensas encorvadas. Sentiría la belleza de este antiguo rey de la creación, tan alto, tan ágil, tan sencillo, primer acierto de la naturaleza y evidentemente superior á los informes bosquejos de los monstruos sus contemporáneos: el Plesiosauo, el Ictiosauo y el Megaterio? ¿Qué era lo que decía al pensativo colono ese testigo de lejanos siglos, ese pasante de las selvas de gigantes helechos? Ya el niño había callado y los tres hombres aun estaban allí sin cambiar una sola palabra. La fisonomía grave del padre ignorante, las fisonomías casi tan graves de los dos hijos, más instruidos, se ensanchaban con igual expresión de insaciable curiosidad. Sufrían en estado rudimentario, ante el enigma del

mundo ese estupor que no es tan extraño para las almas primitivas como lo imagina nuestro orgullo, puesto que esas almas son las que han creado los mitos, la poesía de las leyendas y, para decirlo todo en solo una palabra, las religiones?

¿Se preguntarían acaso el por qué de ese ritmo eterno de creación y de destrucción que nos arrastrará á nosotros mismos, después de haberse llevado innumerables especies? ¿Por qué ese mundo antes que el nuestro, por qué toma y vuelve á tomar la naturaleza, ensayándose como un artista nunca satisfecho, principiando siempre la obra que emprende, en la que la potencia indefinida de producir alterna sin cesar con la impotencia para conservar? ¿El hombre mismo será el término de esta evolución? ¿Está adherido á ellos por todas sus raíces y es tan distinto por las más altas partes de su ser! La idea, la palabra, el problema moral ¡qué abismo separa á éstas de las otras cosas! La simple admiración del pensamiento más incierto ante el misterio de la suerte, ¡qué milagro! ¡Qué novedad en este universo de los instintos ciegos y de las necesidades inconscientes! Alguna vez, ese elefante gigantesco, el soberano, hoy desposeído de nuestro planeta, vió á otra criatura con la mirada inteligente con que le envolvían el hacendado y sus hijos? . . . Empezaron á platicar de nuevo, sin quitar los ojos del admirable animal y pude oír al paso que hablaban de la Biblia y que pronunciaban el nombre de Noé. Aun hoy existe ese advenedizo, parecido á los de hace cien años, que se entierra en la Pradera, con el viejo Libro querido de los Puritanos, como compañero de su soledad, de su trabajo y de sus sueños.

Estaba escrito que encontraría una vez más las fisonomías serias de ese padre y sus dos hijos y que



recogería, el mismo día, inesperados y significativos documentos referentes á la vida del Oeste. Las grandes ferias que se aplican el pomposo título de Exposiciones Universales, tienen por lo menos la ventaja de procurar encuentros imposibles en cualquiera otro sitio y naturales allí, en las sorprendentes Babilonias de individuos llegados de los cuatro vientos. También contaré sencillamente uno y otro hallazgos, sin tratar de atenuar su carácter puramente casual, tanto más, que esta será una oportunidad para diseñar, como al margen de mi diario de viaje, el croquis del más singular espectáculo que presencié en América: una sesión del Parlamento de las Religiones. Allí fué donde encontré de nueva cuenta á mis tres personajes.

Este Parlamento se instalaba en una sala del *Art Institute*, cuyo edificio está como conviene al Museo de Chicago, á dos pasos de una estación y de un puerto.

Fuí allí una mañana atraído por la esperanza de encontrar una impresión profunda y piadosa. La tuve más de lo que esperaba, pero únicamente por el público, por la multitud de gente humilde, notablemente de obreros que se estrechaban unos á otros en los bancos y sobre las sillas del vasto hemicírculo. ¡Con qué tierna atención escuchaban, prestos á recibir la palabra sagrada? Y con qué sorpresa reconocí luego sentados diez sillas más allá de la mía, á los tres personajes que tanto me habían interesado por su manera de contemplar el monstruo anti-diluviano! Se satisfizo mi vanidad de observador recordando que no me engañé al diagnosticar en ellos el cuidado de las cosas religiosas. Tenían en sus fisonomías rudas la misma intensa absorción de espíritu. Fuera del edificio, á lo lejos tañían las campanas de las loco-

motoras, resollaban los trenes y silbaban las sirenas de los buques y ninguno de los mil quinientos oyentes reunidos en el salón notaba la extrañeza de estos ruidos á la puerta del palacio y ninguno tampoco parecía percibir el chocante contraste que había entre el fervor sencillo y verdadero, tan lleno de recogimiento y la especie de farsa sagrada que se ejecutaba en los caballetes del fondo, enfrente de un gigantesco aparato fotográfico instalado en el otro extremo! En cuanto á mí, á pesar de toda mi voluntad, la impresión de la farsa se me impuso tan luego como de la multitud volví la vista hácia el estrado de los oradores. Treinta personas lo ocupaban esa mañana, una de las últimas de la sesión: observé primero un japonés de paletot pardo, mascarón de perro con espejuelos sobre nariz aplastada, bigote negro superpuesto, la piel amarillenta y lustrosa. Cortaba folletos activamente y sin escuchar, mientras cerca de él, un indio de traje blanco, ojos muy dulces y muy oscuros, tez tan morena que parecía tostada, sonreía vagamente á las visiones de un semi-sueño. Un chino, de ropaje azul, con el torso ajustado por una chupa de seda violeta, tocado con un solideo negro, de botón color rosa, volvía á todos lados su carilla fea, pálida y flaca, de nariz no muy recta. Un Arzobispo griego se cuadraba, soberbio, con su gran barba castaña cayendo sobre un ropón gris, casi sábana, encima del que vestía una toga negra y el oro de la cadena que ostentaba su cruz pastoral brillaba entre ambas telas. En la mano ostentaba una larga caña con puño de plata. Sus pupilas impasibles destellaban luces mágicas á su fisonomía de un ardiente pálido mate, que remataba una alta toca de profesor.

A su lado ocupaba el sitio uno de esos familiares,



un sacerdote de oriente de cabellera mal peinada y barba inculta, de aspecto sensual é irónico. Enseñada había un indio como de veinte años, radiante de juventud y de ardor, vestido con ropa escandalosamente roja y turbante intensamente amarillo y al rededor de todas esos orientales filas de pastores ingleses, rosados y rasurados, de caras alemanas, todas barbudas, de penetrantes ojos, bajo anteojos de exegetas. Un francés, de delicado perfil delgado y marchito, cruzaba sus piernas, mostrando pies elegantemente calzados con zapatos charolados y polainas blancas de cutí.

Dos mujeres, permanecían en un rincón, una enanecida de cincuenta años, tenía el aire abstraído y modesto de institutriz pobre; la otra, joven y bella, muy morena, con sus mejillas embadurnadas con el afeite, llevaba sobre sus hombros un chal de seda de colores chillantes. Grandes brazaletes de oro cintilaban en sus puños. Y, para rematar con lo vulgar esta exhibición de orden compuesto en la que predominaba un aire provincial, se notaba recostado en la parte anterior á un hombre de cuarenta y cinco años gordo y sucio, metiéndose los dedos en las narices para limpiárselas, en tanto que un *chairman*, con voz de Barnum, se levantaba en el intervalo de dos piezas ejecutadas en los órganos, para dar la palabra á los oradores con exageraciones de empresario.

No tenía yo razón al considerar en detalle las trivialidades de la realización de una grande idea, y la razón estaba de parte de mis campesinos del Oeste y de los demás concurrentes que veían solo esa idea fuera y al través de esas trivialidades. En un momento dado inclinaron los tres sus cabezas para prestar mayor atención. Acababa de levantarse un orador que era un célebre pastor de la Iglesia Anglicana.

Era un hombre muy bajo de estatura, muy flaco y muy sanguíneo. Contrastaba lo negro de su redingot sin solapa y lo blanco de su cuello enteramente recto y hacían resaltar en rojo lo purpúreo del color de su cara. Empieza á hablar en voz tan baja que apenas se le oye. Con ademán monótono, casi automático, alza y baja su brazo sucesiva, infatigablemente. A medida que habla, se exalta; se endereza su cuerpo, golpea el suelo con el pie, su color se enrojece más, su voz se ahueca. También se desvanece para mí lo chusco del estrado. He allí á la pasión y á la elocuencia religiosas en todo el frenesí que ha provocado el protestantismo y sus innumerables sectas. Cuando las palabras: *Church of England*,—Iglesia de Inglaterra,—vienen á su discurso, todo el sér del orador se conmueve con inspiración íntima. Se la escucha, se la ve vibrar hasta la planta de los pies sobre los que se yergue.

—“No!” exclama, “no es la Nación Inglesa la que ha hecho á la Iglesia de Inglaterra, la Iglesia de Inglaterra es la que ha formado á la Nación Inglesa.”

Esta frase, lanzada con una afirmación furiosa, responde sin duda á una idea preconcebida en los oyentes, á la convicción de que la vida nacional debe tomar su savia á la vida religiosa, pues desencadenó una tempestad de aplausos. Me vuelvo para el lado en que se hallan el padre y los dos hijos. Les veo palmotear—con sus enormes manos que sin ninguna duda hubieran aplaudido de igual modo hace doscientos cincuenta años al lord Protector y hace treinta á Lincoln cuando arrojaba al pueblo de Estados Unidos esta extraña frase, anunciándole que duraría la guerra:

“...Until every drop of blood drawn with the



lash shale be paid by another drawn whith the sword." ".....Hasta que cada una de las gotas de sangre que ha derramado el látigo haya sido pagada con otra gota que haga verter la espada...."

Es indudable que esos hombres de rostro tan concentrado tienen esa trágica visión de las justicias divinas, emanada directamente de la Biblia. Es la única que explica la especie de aplicación ansiosa y grave á que se entregaban días pasados con el recuerdo del diluvio y que asumen hoy ante los representantes de su fe. Si hay muchos así, bien pueden los ateos del socialismo conquistar las ciudades, pero jamás harán presa de las campiñas del Oeste.

Se había despertado mi curiosidad á tanto grado con respecto á esos tres hombres, que les hubiera seguido con gusto para tratar de abordarlos, sí, en el momento en que todo el mundo se levantaba al sonido del órgano, no me hubieran agarrado de un brazo, cuando yo pasaba. Me volví. Tenía junto á mí á uno de los más notables médicos de París, de quien nunca hubiera pensado, si me hubieran dicho su nombre, que se hallaba en Chicago, y aun hubiera afirmado que estaría en alguna otra parte: en su magnífica habitación del *boulevard* Haussmann, en su sala de clínica en el Hospital Lariboisier, en su laboratorio de la Facultad, pero ménos aquí. El pretexto oficial de un congreso de Higiene, le había detenido á pasar el Atlántico y venir á mirar á su antojo la civilización americana, objeto de tantos comentarios fantásticos en nuestra patria. En dos palabras, me dió la explicación de su viaje y me presentó á un personaje que contará tal vez treinta y cinco años, también francés, que le acompañaba y que tomé, en atención á su cara flaca y rasurada, á

su porte rígido y á la decisión de su mirada, por un oficial civil.

No habíamos aun andado quinientos pasos cuando ya estaba yo interesado por este jóven, hasta el punto de no sentir el contratiempo que me había hecho perder de vista á los amigos del Museo de Antropología y del Parlamento de las religiones. Acababa de decirme el doctor, que tenía ante mí, precisamente á uno de esos audaces aventureros del Oeste, que tantos deseos tenía yo de encontrar hacía varias semanas. M. Barrin-Condé—con este nombre designaré á ese jóven—había dejado á Francia hacía ya catorce años para venir á establecer un rancho en las montañas Rocallosas. Allí había vivido ocho años seguidos. Durante su destierro, la casualidad de una excursión le llevó á Toronto, en el Canadá, y allí encontró á una jóven de quien se prendó. Para casarse había cambiado de vida, vendido su rancho de Nort-Dakota y arraigándose en la ciudad natal de su prometida, que hoy es su esposa. Fundó una compañía de barcos de vapor, que administraba con la misma energía y con igual superioridad de buen sentido que antes había desplegado en su rancho, y esa Compañía acaparaba ya la mayor parte del tráfico de los grandes lagos.

Es tan raro y tan dulce encontrar en el extranjero un francés en quien sobreviva un espíritu emprendedor igual al de los anglo-sajones; gusta tanto vencerse, con esa presencia, de que nuestra raza ha conservado las mismas cualidades de adelanto que hicieron de ella en otros tiempos, la gran conquistadora, y por último, es de tal interés conversar de un país con un hombre que ha visto por sí mismo sus interiores! Que no me cansaba de interrogarle sobre su vida en *Fer-de-Lance*—así era denominado su ran-



cho-criadero, por el fierro con que se herraba á los caballos y que tenía la forma de una lanza,—sobre las gentes con quienes vivía, sobre las costumbres y sobre las ideas de ellas, así como sobre las suyas propias. Me contestaba con tranquilidad, con sencillez, con la precisión de la palabra propia de los hombres de acción. Tenía en el "cuanto á sí" de sus modales algo de la dignidad selvática que dió Cooper á *Bas-de-cuir*. Pero un *Bas-de-cuir* que estaba al corriente de nuestra literatura, pues había tenido cuidado, al atravesar esa ruda existencia, de no dejar á que su inteligencia decayese.

Recuerdo que terminamos ese día, que para mí fué solo ocasión de un interrogatorio larguísimo y para él una larga respuesta, en una representación en la orquesta de uno de los grandes teatros de Chicago. Y para que el empleo de la noche formase perfecto contraste con el de la mañana, quiso la casualidad que asistiésemos á la representación de *Tartufo* por Coquelin y por su compañía. Me había manifestado orgulloso de mi patria cuando conversaba con M. Barrin-Condé, y lo estuve nuevamente al ver esta admirable pieza y representada tal cual lo fué—aunque en un teatro medio lleno, y de qué espectadores! Casi todos seguían la comedia en la traducción y se escuchaba en el mismo segundo voltear las hojas del libreto y todas á la vez. Pero eso, ¿qué le importaba á Coquelin? Parecía que ese grande artista ignoraba que allí existía un público. Era visto, que representaba para sí mismo, y que lo hacía con la conciencia y el cuidado de su arte que hubiera desplegado sobre la escena de la calle de Richelieu y cuando comenzaba, estudiaba y se estudiaba. Se entregaba á hacer más perceptible la anatomía moral de su personaje, y en ese Chicago de todas las

exageraciones, de todas las improvisaciones, se presentaba *Tartufo* más hermoso que nunca, por la sencillez potente y precisa, por el genio de contención y de delicadeza que se sostiene sin cesar, á la altura de un hombre, si así puede decirse, ni más allá ni más acá, ni más arriba ni más abajo. En Moliere, hay algo del Felipe de Champaigne, de ese pintor tan vigoroso pero tan sobrio; tan ardiente, pero tan juicioso, en cuyos retratos se encuentran siempre algo más que admirar y que nunca deja nada que pueda rebajar la reflexión. Aunque el doctor y yo habíamos visto más de treinta ocasiones esa pieza y á Coquelin en ella cuando menos diez, fuimos transportados por el diálogo y por la representación como si hubiera sido la primera vez que la veíamos. En cuanto al "antiguo cowboy de *Fer de Lance*"—como se llamaba á sí mismo, cesó de hablar durante toda la representación de la pieza y aun en los entreactos.

—"No saben ustedes," nos decía á la salida del teatro y mientras llegábamos á pie á la *Michigan Avenue*, "no, ustedes no saben cuán dolorosamente carecen de esta excitación que produce el teatro los que viven como yo he vivido, y cuánto se estima el precio de una noche como esta. . . . Vaya," agregó volviéndose hacia mí, "me preguntaba usted en broma, esta tarde, si no había yo desvalijado alguna vez los trenes del Oeste y yo no he contestado. . . . Y mi silencio fué producido porque, en efecto, mis amigos y yo intentamos nada menos que plagiar un día, ó por mejor decir, una noche, en uno de los grandes expresos continentales, ¿y á que no adivináis á quién? A la misma Sara Bernhardt. . . . Ella, por lo demás, no supo nada. . . ."

—"¿Y cuántos eran ustedes para llevar á cabo semejante expedición?" le pregunté.



—“Oh! muy pocos; pero no crea usted que es cosa difícil detener uno de esos grandes trenes. Cuando meditábamos ese hermoso proyecto, hicimos un ensayo, como se dice. Disimule usted la palabra puesto que se trata de una mujer de teatro. . . . Sabíamos que Sara debía pasar por Green River, en el Wyoming, una semana después. Y tratábamos de saber si era posible inmovilizar el tren en el tiempo necesario para ejecutar el rapto. Eramos once criadores de *round up*, como allá abajo dicen, todos bien montados, todos llenos de esa especie de pasión por el peligro que produce tan fácilmente en la juventud el abuso de la fuerza. Nos apostamos, á la luz del día, en un sitio en donde la línea hace tales curvas, que el expreso se ve obligado á caminar con suma lentitud. Derrepente se presenta. Uno de nosotros se puso á galopar al lado de la locomotora, con la carabina sobre el hombro, apuntando al maquinista y guiando á su poney con las rodillas. El maquinista se detuvo. Nuestros camaradas desmontan y atraviesan el tren de uno á otro extremo gritando: “*Hauds up!*” con el revólver en la mano. Fué ese un golpe de mano atrevidísimo por el riesgo que se corría de armar un alboroto espantoso si en el tren hubiera venido algún hombre de corazón que sacara su arma. Afortunadamente no sucedió así. Y mientras los pasajeros aterrorizados abrían con precipitación sus petacas para comprar su libertad, los falsos bandidos montaron á caballo y todos habíamos partido disparando al aire nuestras carabinas ó nuestras pistolas. . . .”

—“¿Y la policía?” pregunté.

—“Estaba representada por un *sheriff* que vivía á ochenta millas del lugar, y á quien sin embargo creó enterado del hecho. . . .” contestó M. Barrin-Condé.

“Y luego, pues todo es verdaderamente fantástico en este Oeste, y todo parece ser tan natural cuando se está en medio de esa existencia, todos estábamos enmascarados ó cuando menos teníamos las caras tapadas con pañuelos. Aunque nos surtió esa experiencia, comprendimos el peligro que acabo de indicar. Si queríamos hacer una jugada, que entrego á los calificativos que usted haga, no era nuestro ánimo arriesgar el ser matados ni el matar. Nos decidimos, pues, á llevarnos á Sara Bernhardt de la estación. Debía detenerse su tren en Green River á las once y cincuenta y dos. Nuestro plan era entrar súbitamente á su wagón, tomarla á viva fuerza, meterla en un *buggy* y partir á galope. Algunos de nosotros protegerían la retirada con sus revólvers. Uno de los nuestros, un tal Sarlat, que hoy es capitán de Cazadores de Africa, subiría al tren en la estación anterior. Estaba convenido que agitaría un pañuelo en la puerta del salón ocupado por la gran actriz, pues era necesario obrar pronto y bien. Una ejecución semejante es siempre peligrosa en un pueblo. Partió tal y como estaba convenido. En cuanto á nosotros, montados á caballo y agrupados al derredor del *buggy*, esperábamos en la estación pacientemente. Si hubiera usted oído nuestros propósitos, admitiría que este golpe de mano era más necio que irracional. Sin duda que se defendería nuestra visitada. Le atacarían los nervios. Necesitaríamos sujetarla. Pero una vez que estuviéramos en el rancho, haríamos que nos perdonara nuestra brutalidad á fuerza de respeto. La recibiríamos como á una emperatriz. Cuando nos hubiera perdonado, creeríamos revivir en Francia algunos días, pidiéndole que recitara los más bellos trozos de su repertorio. El tren no llegó á la estación sino en la noche. Vimos



bajar á Sarlat sin el pañuelo en la mano. Sara Bernardt había pasado una hora antes por el expreso de Salt Lack City....."

Había sido contada esa extraordinaria historia con tanta naturalidad, traducía costumbres tan especiales, demostraba en el narrador una mezcla tan curiosa de civilización delicada y de vida silvestre, que no descansé sino hasta arrancarle la promesa de enviarme algunas de sus notas sobre su estancia en *Fer de Lance*,—su diario si lo había llevado ó cuando menos algunos recuerdos. Me lo prometió, pero pasaron varias semanas y no recibí las hojas prometidas ni ninguna noticia del joven. Había retornado á su hogar y yo seguía viajando á través de la vasta República. Estaba pues persuadido de que no me llegarían nunca los documentos anunciados de manera tan inopinada. Y sin embargo los recibí cuando no los esperaba ya. Fué el placer que me causó la contrariedad de mi decepción?—Esto es tan raro! —O fué en realidad el sabor de originalidad de estas confidencias? Pero me pareció que debían ser trascritas tal cual eran y sin comentarios. Qué análisis podrá reemplazar el testimonio del hombre de acción que ha visto aquello de que habla, no á través de los libros como un sabio, tampoco al trasluz del diletantismo de una excursión como el viajero, sino al través de la necesidad?

Puede también haber sucedido que el lugar á donde se me remitió el paquete, que traía timbre de Toronto, me tornase más sensible á lo pintoresco de esas páginas. Era el mes de Octubre y yo estaba en un hotel, solitario en medio de las hojas caídas al borde de las cataratas del Niágara, que son y serán siempre y á pesar de las declamaciones de los guías, uno de los más nobles, uno de los más conmovedo-

res espectáculos de este mundo. Todo aquello que han podido construir los hombres á su derredor, puentes, escaleras, halausdradas, todos los senderos que han trazado, y todos los anuncios que han fijado no ha sido bastante para tocar la intacta y poderosa belleza de las encrmes cascadas. Cuanto me ha encantado el lento, el casi flojo deslizamiento de las aguas, —la caída monótona de la formidable corriente sobre la arista de la roca que forma un brusco ángulo recto! Cómo me ha enamorado la profunda queja, el sollozante rumor, —lento de tanta tristeza en medio de tan grande potencia—y el tenue vapor, esa nube de húmedo incienso que flota encima de la última catarata y que se eleva transparente con toda su blancura arriba de la gran masa gláuca! Y cómo he gozado, en esa estación del año, de la suavidad otoñal de los bosques de *Goat Island*, todos oro, sin una ave, y animados por ese sollozo único que los llena y que anuncia el fin irrevocable del estío, —símbolo del irrevocable transcurso de la vida!

Y luego, recorriendo esos sotos deshonrados por los *reclamos*, lamentaba que el hombre blanco, ese civilizado, hubiera sido aquí más destructor que los salvajes. Pensaba en esos Indios crueles pero sencillos en esos guerreros amarillos y tatuados que respetaban esa naturaleza, que no la mutilaban. Y maldecía á los civilizados porque han construido en este admirable paisaje, fábricas cuyos tubos escupen su humo negro hacia el cielo, torres de fierro dulce en donde se mueven los elevadores. Sentía la necesidad de evocar en ese sitio, en ese cuadro de grandeza, una existencia más libre, más osada, más conforme con la misteriosa y trágica belleza del ancho río que se precipita de golpe en el abismo.

La confesión del aventurero, colono de *Ferde*



*Lance*, sin duda estaba de acuerdo con esta necesidad.

Cuando la he leído á sangre fría vi que podía prescindirse de ese acompañamiento y no vacilo en copiarla, sin modificar casi nada. El lector juzgará por ella si hombres sometidos á la atmósfera de peligro y de conquista que se exhala de estas notas, que son ciertamente sinceras, pueden ser dóciles ó rebeldes para ser arrastrados del lado de la revolución. Y aun se me figura, que también se dará mejor cuenta de las razones que hay para que la energía y la voluntad se desarrollen aquí hasta la hipertrofia. Y por fin, puede suceder que la incoherencia de las circunstancias que me rodeaban cuando me llegaron estas páginas, incoherencia que he reproducido aun á riesgo de romper la unidad aparente de mi propio análisis, dará una imagen bastante exacta de lo que tiene realmente la vida americana, de cástico y de yuxtapuesto.

Se visita una exposición, donde los monstruos antediluvianos están alumbrados con electricidad; se concurre á sesiones, donde la exaltación religiosa alterna con el charlatanismo; se ven representar obras de Moliere, delante de un público de bárbaros por actores de genio, á dos pasos de otro teatro donde se representan las de Shakespeare por comediantes ingleses.

Se encuentra uno con campesinos de Kansas revueltos con parisienses; se toma un carro Pullman en los sitios de la naturaleza que celebró Chateaubriand,—y todas esas impresiones de orden tan locamente complejas, acaban por agruparse al derredor de una confesión que un antiguo voluntario por un año, en esa época acantonado en un pueblo de provincia francesa, hace de las aventuras que corrió en

el fondo de uno de los valles perdidos entre las Montañas Rocallosas! (1)

#### CONFESIONES DE UN COW-BOY.

“Mi familia es oriunda de Florencia y emigró al Delfinado en 1270 con otras varias familias gibelinas. Entonces era nuestro nombre Barberini—sin por eso tener nada de común con los nobles romanos ese apellido. De Barberini se convirtió en Barberin, después en Barrin sin que yo sepa cómo. A fines del siglo XII, uno de mis antecesores llamado Raimundo Barrin, reunió una compañía de jóvenes para dar caza á unos bandidos que infestaban el Condado. “Se batió como un Condé” decían por todas partes. Se le quedó el nombre y se nos quedó á nosotros. ¿Será acaso por lo mucho que oí hablar de este mi antecesor, cuyo sobrenombre llevo? Es á causa de la herencia de una raza inquieta y hecha para la acción? No lo sé, pero lo cierto es que era yo todavía adolescente y ya soñaba con aventuras. Cuando á mi salida del regimiento me volví á hallar en la casa paterna con la única perspectiva de envejecer en ella, ocioso é inútil, la aprehensión de semejante porvenir se me hizo físicamente insoportable.

(1) El lector que desee detalles más completos sobre las costumbres del Oeste, encontrará una pintura vivísima en el libro de M. de Mandat-Grancey, “Brecha en los Búfalos.” Otro libro, el de M. á Haussonville: “A través de los Estados Unidos”—encantador diario de viaje, aun exacto después de quince años, contiene en particular dos capítulos sobre los “Mormones,” que dan luz curiosísima sobre la formación de las sectas religiosas en esa parte de Estados Unidos.



"Y sin embargo, amaba yo á los míos, quería al Delfinado, sus escabrosas montañas, su húmedo cielo, sus paisanos y su acento, y más que todo lo amaba por los recuerdos que me despertaba del pasado. He sido siempre hombre del pasado, un devoto en el sentido, cualquiera que sea, que quiera darle usted á esta palabra. Si usted me hubiera visto la víspera de mi partida para Estados Unidos, entrar al cementerio de mi pueblo; arrodillarme sobre el sepulcro de mis antepasados y hasta recoger de ellos algunas piedrecillas. Y aun las conservo. Y sin embargo, nada prevalecía contra ese apetito de acción que me devoraba y que me impulsó, siendo tan jóven, más allá de los mares.

"Es fuerza que agregue que siendo realista por tradición y por convicción me parecería una felonía el ocupar un empleo cualquiera en la República, que además no conocía nada del comercio, que me faltaba capital para montar una industria y que pensar en una heredera repugnaba á mi orgullo. ¿Qué podía yo hacer sino ensayarme en el Nuevo Mundo, hacía el que siempre me había atraído un presentimiento extraño?

"En una palabra, en Noviembre de 188... regresaba yo después de haber cumplido mi enganche voluntario. En Diciembre ya estaba tomada mi resolución: iría á buscar fortuna á América. En Febrero me embarqué en Liverpool en compañía de uno de mis amigos de la niñez, un inglés, el honorable Herbert V... á quien había decidido á acompañarme. Llevamos con nosotros cuatro garafiones: dos *Percherons*, dos árabes y mi criado del regimiento. Ibamos á crear una pequeña yeguacera en los *Black Hills*, las montañas negras del Dakota. Habíamos entrado en relaciones con un rancho, de ese país,

que se llamaba Johnson. El apoyo de ese hombre á quien conocían los parientes de Herbert, nuestros cuatro caballos y un contrato de treinta mil francos componían toda nuestra fortuna. Olvidaba también nuestra juventud y nuestra energía. Muchos otros han comenzado más miserablemente.

"El paquebot, que por razones de economía habíamos elegido, caminaba por medio del vapor y de las velas, de modo que empleamos diecisiete días en llegar á Nueva York. La travesía fué bastante dura, pero como por una parte, yo no me mareo, y como además tenía que cuidar á mi compañero y á mi criado, ambos bastante malos, y por la otra que atender á mis caballos, no tuve el ocio necesario para entregarme á la melancolía que producen los primeros días de destierro. La primera impresión desgarradora de expatriación me conmovió en el tumulto de la gran ciudad americana, entre esa multitud cuyo idioma no comprendía, y que adiviné, al primer momento, tan hostil, tan dura, y sobre todo, tan diferente á mí. Habíamos desembarcado en Brooklyn por indicaciones del capitán del navío, para poder proporcionar buenas caballerizas cerca de las estaciones. Nos demoramos algunos días que dedicamos á recorrer la ciudad, la que me produjo, con sus casas construidas tan de prisa, unas tan elevadas y otras tan bajas, con sus caminos de fierro elevados y con la fiebre de su populacho, el efecto de una cosa hurañá y monstruosa. Para colmo de miseria, nuestra posada era un verdadero paraje de embriaguez y de prostitución, en donde poco faltó para que dejáramos el pellejo en la primera semana de nuestro arribo. He aquí cómo sucedió esta aventura:

"Herbert y yo pasamos las cuatro primeras no-



ches en el teatro. La quinta nos resolvimos á recogerlos temprano; bajamos con objeto de fumar, después de la comida, á la cantina del hotel. Ya estaban allí algunas mujerzuelas y varios hombres. Uno de ellos, un soldado endiablado, de cabello rojo, de ojos garzos, de mascarón de dogo, se entretuvo en hablar en alta voz á una de las mujerzuelas, mirándonos. Una carcajada homérica le contestó, que hubiera sido suficiente para enervarme, aun cuando Herbert no hubiera accedido á mi demanda de traducir la imbécil chocarrería del hombre, que dijo simplemente á la criatura:

—“Haga usted porque se la lleve ese francés. Debe ser un . . . . . Pues todos ellos son . . . . .”

Hago gracia de la palabra insultante de que se valió. Me levanté, desembarazándome con violencia de Herbert que quería retenerme, y me dirigí directamente al hombre. Al verme venir, confiado en su fuerza, se puso á befarme con una sonrisa que me dejaba ver el brillo de un diente de oro que tenía en el lado izquierdo de la boca. Le aseté un puñetazo en plena cara, pero con tal fuerza, que el “clarete” saltó de golpe, como dicen en América, es decir, que la sangre inundó su rostro. Había boxeado en el regimiento y era yo muy ágil. Tuve la suerte de evitar su respuesta—él estaba algo ébrio—y de darle un segundo golpe en el estómago que lo tiró al suelo. Yo esperaba un alboroto y me retiré para hacer frente á los otros, cuando, llenándome de estupor, emitieron un murmullo de aprobación. Este público extraño de apostadores aplaudía en mí el talento del pugilista. Se llevaron á su amigo, y el dueño del hotel dijo lacónicamente á Herbert la misma noche:

—“El *gentleman* haría muy bien en cambiar de

cuartel. Jim Russel no es hombre que soporte eso sin vengarse.”

Aunque no teníamos propensión al miedo ni Herbert ni yo, la idea de sufrir un retardo al principio de nuestra empresa por riñas de cantina, nos pareció tan imbécil que nos decidimos, no á cambiar de cuartel como nos lo aconsejaba el hostelero, sino á partir. Al día siguiente embarcamos nuestros equipajes y nuestros caballos en el expreso continental de mercancías. Fueron necesarios siete días—una semana entera—para llegar á la ciudad de Sidney, en Newraska, en donde habíamos dado cita á Jonhson. Fácil nos hubiera sido mandar nuestros caballos por esa vía y tomar nosotros el expreso de pasajeros. Pero nuestra primera impresión de la vida americana había sido tan ruda, que nos considerábamos en país salvaje y no quisimos ni separarnos uno de otro ni perder de vista por un solo instante nuestros garañones.

Hicimos, pues, todo el camino en el mismo coche que los animales. Ese medio de locomoción era tan pesado, que no pusimos atención al paisaje de los Estados que atravesamos de ese modo. Nada recuerdo de ese extraño viaje al través de esa porción del inmenso continente, tan grande como Europa, sino que en Chicago resistimos á viva fuerza á cuatro *tramps* que invadieron nuestro wagón procurando esconderse tras de los caballos y “robar un cambio de lugar—ese es el término que usan: *to steal a ride*.—Esos andariegos de Estados Unidos tienen la costumbre de franquear así increíbles distancias acostados en el piso de un coche de mercancías. Se bajan á la entrada de las poblaciones—no se es *tramp* sin ser algo gimnasta—y suben de nuevo á otro tren á la salida, llevándose si pueden, junto á su “robo de



cambio de lugar," alguna rapiña algo más productiva. En su mayoría estos desgraciados son inofensivos. Pero como nosotros no estábamos iniciados en lo pintoresco de la vagancia americana tomamos á esos andrajosos que escalaban los trenes en marcha por bandidos peligrosos. Me río aun al recordar la voltereta que dieron sobre el terraplén de la vía ante los seis revólvers que apuntamos sobre ellos. Nos hubiéramos tachado de imprudencia llevando solo arma cada uno!

"Prevenido por un telegrama, Johnson nos esperaba en la estación de Sidney, pero era una jornada nada más la que habíamos hecho hasta allí para llegar al objeto real de nuestro viaje, que era Custer City, doscientas cincuenta millas más lejos. Era preciso andar esas millas á caballo y nos quebrantaron de tal modo los siete días de wagón que no tuvimos ánimo para partir inmediatamente.

"Sidney tenía entonces fama de ser uno de los más peligrosos sitios en que asaltaban los salteadores de Estados Unidos. Los quinientos habitantes de este pueblo—verdadero hongo de la vía férrea y que hubiera desaparecido con ella—pasaban el tiempo en sostener, unos contra otros, verdaderas batallas á tiros de fusil y de revólver. Nosotros lo ignorábamos. Pero la reciente experiencia de Chicago acabó por volvernos tan desconfiados, que resolvimos acostarnos sobre paja, atravesados en la puerta de la caballeriza donde dormían nuestros árabes. Los habían mirado con demasiada atención las gentes cuando llegamos. Nos felicitamos por haber sido tan precavidos. Hacia la media noche y á pesar del cansancio me despertó un ruido extraño. Raspé un cerillo y ví con toda claridad la punta de una sierra que se disponía á cortar la madera en derredor del enorme ce-

rojo que atrancaba la granja. Me envolví una mano con un pañuelo y agarré la extremidad de la sierra y preparando con la otra mi revólver, pronuncié á la vez el único juramento inglés que conocía. Usted adivinará cuál fué. La sierra quedó en la inmovilidad y del otro lado de la puerta sonó un ruido análogo al tronido que acababa yo de producir, al montar mi pistola.

"Desperté á Herbert y á mi criado. Nuestras tres voces hicieron comprender á los ladrones que estábamos dispuestos á defendernos. Oímos pasos que se alejaban. Nuestros caballos estaban salvados. Pero, ¿cómo podíamos volver á dormir después de esta alarma? Fué nuestra ansiedad tan grande, que tomamos el partido de dejar á Sidney como abandonamos á Brooklyn, pero no al día siguiente en la mañana, no tampoco á la hora, sino inmediatamente. Ensilamos nosotros mismos nuestros caballos, sacamos de la cochera el carrillo de Johnson, cargamos en él nuestros bagajes y le pegamos sus caballos. Con ese equipo fuimos á llamarlo desde la calle y á despertarlo de su primer sueño. Había jugado al poker toda la noche bebiendo whiskey, y como por fortuna había ganado varios centenares de *dollars*, fué más complaciente de lo que esperábamos. Por lo demás, como muchos americanos, tenía sentimientos muy desarrollados de hospitalidad nacional. Se avergonzó por su país del asesinato con premeditación, que intentaron contra nosotros y que le referimos. Convino en seguirnos y antes del alba ya estábamos en camino.

La cabalgata á través de la Pradera, duró dos eternas semanas y le debí las primeras dulces impresiones experimentadas desde mi salida del Delphinado. La gran porción de territorio que se extiende entre



Sidney y las Montañas Rocallosas, no era entonces la comarca civilizada que ha llegado á ser. Hoy la cruzan varias vías férreas. Abundan las haciendas y los embriones de ciudades y pueblos. En aquella época, la vasta Pradera de Nebraska, desde Sidney, no tenía más huellas de la vida humana que el paso de los pastores arreando sus rebaños. Los ranchos sucedían á los ranchos sin que el trazo siquiera de un camino fuese de uno á otro. La inmensa extensión desierta que atravesaba nuestra cabalgata, nos sobrecogió con una especie de feroz encanto, en el cual entraba por mucho el sentimiento de nuestra juventud y del porvenir ilimitado. Esta soledad, en lugar de entristecernos, nos exaltó, como nos exaltó el primer contacto con la multitud extranjera. No sentíamos fatiga y bebíamos hasta con alegría las aguas abominablemente alcalinas que recogíamos de los baches—los creeks, como aquí les llaman—para regar nuestras conservas.

La exaltación creció aun más, con la proximidad de las montañas, cuando entramos á las hermosas selvas de los pinos Douglas. Las primeras flores de la primavera descollaban entre la maleza. Aguas limpidas y cristalinas saltaban de las grietas del cuarzo. El cielo azul y el aire ligero ensanchaban nuestros corazones y por fin nos aproximábamos á Custer City, á la ciudad cuyas magnificencias celebraba Johnson desde nuestra partida. La esperábamos como los hebreos la Tierra Prometida. ¡Cuántos años han pasado después! Años de ruda lucha, uno de los cuales puede contarse por dos ó tres! Ninguna de las sensaciones que tuve durante esos años ha borrado la emoción sentida la tarde de Abril en que el buen hombre nos hizo subir una colina al galope para señalararnos orgullosamente el término de nuestra fati-

gosa peregrinación. Detuvo su caballo, nos hizo señas de detener los nuestros. Extendió el brazo y dijo:

—“Hé allí á Custer City” . . . —*Here is Custer City*.—Miré, henchido de esperanza mi corazón.

¿Por qué he de avergonzarme al confesar un minuto de cobardía, el único tenido en mi existencia de la Pradera? Brotaron súbitamente lágrimas de mis ojos, lágrimas que no pude contener y no lágrimas de esperanza, sino de desesperación, arrancadas por la repentina caída de lo alto de mis sueños y la atroz desilusión! Un miserable campo minero surgió al otro lado del valle, más pobre que la última aldea alpina. Y para vivir allí, entre esas ruinas, en ese rincón perdido para luchar, quizá para morir allí, dejé tres mil leguas atrás nuestro pequeño castillo del Delfinado, con sus tres torres en escuadra, y su torrejón cuadrado y en ese castillo á mi madre, á mis hermanas, todo lo que yo amaba y todo lo que me amaba!

Ví á Herbert y tuve vergüenza de dar, yo, francés, este espectáculo de debilidad al impasible inglés que encendía su corta pipa de madera, con la más hermosa sangre fría, aunque viese por el temblor de su mano que el choque había sido también rudo para él. Os he dicho que siempre había sido un poco devoto. Llamé en mi ayuda todas las fuerzas profundas de un alma, hice mentalmente una oración de gracias á Dios por haberme protegido desde mi partida. Y le pedí que me protegiera en el porvenir. Me puse en sus manos cual si fuera un niño. . . . Mi caballo, *El Mahdi*, rascaba el suelo con una de sus manos y relinchaba—con lo que decía á su manera *Here is Custer City*. Levanté las riendas y oprimiéndole con las rodillas le lancé á la carrera abierta ha-